EL DEDO DE DIOS!

Drama en tres actos y en verso, original de D. Francisco Damato, *representado en Madrid, en el teatro de Novedades, el año de* 1859.

Al Illmo. Sr. Director General de Ultramar, D. Augusto Ulloa.—El Autor.

PERSONAGES.	ACTORES.
ELVIRA	*Señorita Marin.*
JOAQUINA	*Sra. Bardan.*
RAMON	*Sres. Repullés.*
GENERAL	*Bermonet.*
ALFREDO	*Tamayo.*
ENRIQUE	*Benetti.*

La escena pasa en Sevilla, es contemporánea.

ACTO PRIMERO.

Sala bien amueblada, dos puertas á la derecha, con cortinajes, una á la izquierda, dos escudos de armas con trofeos de caza y guerra.

ESCENA PRIMERA.

RAMON *con un plumero limpiando algunos muebles. Dan las nueve en un reló que habrá colocado sobre una chimenea.*

RAM. Las nueve ya!.. oh! que tarde
me levanté esta mañana!...
Voy á darme mucha prisa
á concluir, pues si entrára
el general, y notase
que la limpieza no estaba
hecha... entonces, Dios me libre!
¡de la primera andanada!...

ESCENA II.

Dicho y ALFREDO.

ALF. Qué haces, Ramon?
RAM. Ved, señor,
estoy limpiando la sala...
quitando el polvo á los muebles
pues ya barrió la criada.
ALF. Y papá no ha vuelto aun?
RAM. No señor, está de caza.
ALF. Entonces está en sus glorias
pues para él, todo acaba
cuando deja de salir
dos veces á la semana.
RAM. Aun recuerdo aquellos dias
que en las filas militaba
á sus órdenes, y que esa era
su aficion mas estremada.
En mi clase de asistente
siempre con él me llevaba;
¡aquellos si que eran tiempos!
ALF. Hoy estas mal? ¿Qué te falta?
RAM. Faltarme á mi...
ALF. Pues entonces?...
RAM. Señor... hoy ya tengo canas.
ALF. Felices las canas sean
si se sabe respetarlas.
Todos aqui te queremos
como si fueras de casa;
los servicios que á mi padre
has prestado en la campaña,
te agradece generoso
y con cariño los paga.
Elvira y yo respetamos
lo que dispones...
RAM. Oh! gracias!—
Ya sabe usted, señorito,
que por todos, sin jactancia,
derramaria gustoso
mi sangre, si hiciese falta.
Todas esas deferencias,
esa misma confianza
que ustedes guardan conmigo
yo no sé con qué pagarla.
ALF. Con estar á nuestro lado...
RAM. Eso si, doy mi palabra...
ALF. De lo que voy á decirte
no quisiera se enterára
mi padre.
RAM. Fiad en mi.
ALF. Una pasion pura, santa,
abriga mi pecho.
RAM. Bien,
sois joven... no estraño nada.
ALF. Es una de esas pasiones
que vivifican el alma,
que se engendran desde niño
y que rara vez se apagan.
RAM. Quién motiva esa pasion?...

37
678606

ALF. Mi compañera de infancia:
Elvira, que desde niña
tubo la desdicha aciaga
de perder á un tierno padre
en el campo de batalla.
RAM. (*enternecido.*) Me recordais una historia
que mucho tiene de amarga!
En el campo del honor
Montero cayó á mis plantas,
y al amo encargó en su muerte
la prenda que mas amaba.
El cumplió lo prometido,
en regla, como Dios manda!
La muchacha es una perla.
ALF. Al par que modesta, honrada,
su trato, su sencillez,
en mi encendieron la llama
del amor; como mi padre
nada sabe...
RAM. Cosa es clara,
lo mejor será decírle...
ALF. Que lo sepa no hace falta
por ahora; sabes su genio,
tal vez si le desagrada...
No te dés por entendido
si pregunta... Cuando haya
una ocasion oportuna
yo se lo diré.
RAM. Bien, basta.
Elvira viene.
ALF. Pues vete;
cuidado... ni una palabra.

ESCENA III.

ALFREDO *y* ELVIRA.

ELV. Qué madrugar! (*con ironia.*)
ALF. No, pardiez;
fué muy larga la velada.
ELV. Tu pereza es estremada
es muy temprano: ¡las diez!
Al impulso que le mueve
ese reló, me declara...
ALF. Que te equivocas; repara
que ha poco dieron las nueve.
Y pues te empeñas ahora
en probar que me dormí,
qué razones me dás, di,
para aumentar una hora?
ELV Solo la razon que tengo
es que te gusta dormir.
ALF Asi me place vivir;
si yo á todo me convengo!
Soy en el mundo dichoso
solo con verte y amarte.
ELV. Es que tú...
ALF. Tenga que hablarte
largamente y con reposo.
Vamos, siéntate á mi lado;
ocasion mas oportuna
no hallemos tal vez ninguna.
Me tienes muy enfadado.
ELV. Yo, por qué?...
ALF. Por tu desvio.
ELV. (*riendo.*) Qué locura!
ALF. No por cierto;
en ti síntomas advierto
de frialdad.
ELV. Desvarío!
Tu dicha ya no se trunca,
siempre fijo estás aqui. (*señala el corazon.*)
ALF. Me quieres, Elvira?
ELV. Oh! si!
Y tú, Alfredo?
ALF. Mas que nunca.
Si delicias el Eden
para el pecador encierra,
es mi delicia en la tierra
solo el amarte, mi bien.
A tu lado los abrojos
son las flores mas galanas;
el aura de las mañanas
presta frescura á tus ojos.
De tus dientes el esmalte
con esa tez sonrosada
hacen, Elvira adorada,
que sin ti todo me falte.
Es tan grande mi placer,
que á ninguno se parece,
y una idea me entristece:
¡si te llegaré á perder!
ELV. Ignoro por qué razon
hablas de ese modo, Alfredo.
ALF. Ni yo decírtela puedo,
pero creo...
ELV. Es ilusion;
lejos de tu fantasia
tan triste presentimiento...
no me prives del contento
que encuentro en tu compañía.
¿No tienes confianza en mi?
ALF. Y lo pudiste dudar?
ELV. Pues entonces, qué pesar
es el que te aflije, di?
ALF. Ninguno, Elvira, ninguno...
es verdad, fue una quimera...
ELV. Es que yo nunca quisiera...
te has vuelto muy importuno.
ALF. Perdóname la imprudencia
que en decirlo he cometido;
prometo ser comedido,
y apelo á tu gran clemencia.
ELV. Por hoy perdonado estás;
te echo la absolucion...
mas con una condicion.
ALF. Cuál?
ELV. Que no reincidas mas.
ALF. Ya mi contento renace;
cese tanta indecision,
á mi padre nuestra union
voy á pedir.
ELV. No me place
que lo sepa... yo no sé...
me infunde tanto respeto.
ALF. Pues lo quieres, te prometo,
Elvira, que callaré.

ESCENA IV

ALFREDO.

Que belleza y candidez!
¡Qué tipo tan ideal!
Al hablar del general
le demuestra timidez!

ESCENA V.

ALFREDO *y el* GENERAL. *Al presentarse el General en la puerta del foro, Alfredo le toma la escopeta y le presenta un sillon.*

ALF. ¿Vienes cansado, papá?
GEN. Un poco, por vida mia!
Ha sido una cacería
de las buenas!
ALF. Claro está,
siendo tú de la batida
¿qué habia de suceder?
No te conviene correr,
debes apreciar la vida.
GEN. Pobre Alfredo! Tú no ignoras
que no hallarás un mortal
que su vida quiera mal
y la esponga á todas horas.
Muchos te dirán sin tasa
que pronta muerte prefieren...
pero los mas, lo que quieren
es no verla por su casa.
Al que con ardor la invoca
ten siempre la conviccion,
que no siente el corazon
lo que declara su boca.
La vida es un manantial
de esperanza que dá aliento
en el placer y el tormento
confortando nuestro mal.
Nosotros no la apreciamos
en su valor efectivo,
pues se borra su atractivo
cuando la muerte invocamos.
A mi edad... es otra cosa,
la tierra ya nos exije
su tributo, y no transije
con su presa codiciosa.
Que Dios lo que me convenga
me dé... Si, en él confio;
sé tú feliz, hijo mio,
y luego la muerte venga.
En viéndote yo dichoso
poco importa aunque sucumba,
porque al bajar á la tumba
á disfrutar de reposo,
el placer habré tenido
en este mísero suelo,
de hallar un hijo modelo
á quien legar mi apellido.
Tu eres honrado; eso si!
tienes carrera y talento;
para ganarte el sustento
no necesitas de mi.
Sigue siendo bueno, digno;
á mis ojos te enaltece
tu proceder, que merece
ser del mio fidedigno.
Pues es placer estremado
que un padre pueda decir,
de mi hijo el porvenir
ya se encuentra asegurado
Con su talento y valer
tiene posicion y nombre;
esta gloria mas de un hombre,
no la sabe comprender.
ALF. Tienes razon, es verdad,
obrar si te prometo;
muy gustoso me someto
á cumplir tu voluntad.
(*Tira de un llamador y se presenta Ramon*)
El té...
RAM. Preparado está.
GEN. Y mi Elvira?...
RAM En su aposento.
ALF. Digala usted al momento,
que aqui la espera papá. (*vase Ramon.*)
GEN. Mucho estraño que Elvirita,
que es de virtud claro espejo,
no haya venido á este viejo
á rendirle su visita.
ALF. Tal vez ocupada está
y por eso se retarda,
pero sabe se la aguarda.
y prontamente vendrá. (*Ramon sirve el té.*)

ESCENA VI.

Dichos y ELVIRA.

ELV. Buenos dias, como estas?
GEN. Yo como siempre, hija mia.
ELV. Qué tal hoy la cacería?
GEN. ¡Oh, qué buena! Ya veras;
he traido para tí
dos gamuzas soberanas,
cuyas cabezas lozanas
pienso colocar allí. (*señalando al foro.*)
¡Qué batida, cielo santo!
¡Qué manera de tirar,
y que modo de matar!
¡Qué destrozo! Ni en Lepanto!
Miro al ciervo fugitivo
caminar por senda escueta,
y al instante, mi escopeta
le rinde á mis pies cautivo.
Todo es correr por los cerros
cuando la bocina suena,
á cuyo eco, retruena
el ladrido de los perros.
Entonces... ¡Virgen Maria!
en tan plausible momento
es tal el placer que siento
que por nada le daria.
ALF. Por nada, dices!
GEN. No hay tal!
Fuera pasion escesiva;
mi felicidad estriba
en un goce natural,
un goce que á la vejez
todo padre necesita,
pues con ansia solicita
que se cumpla alguna vez;
el bienestar de sus hijos
su dicha y prosperidad,
este es afan que á mi edad
cuesta trabajos prolijos.
Yo os eduqué con esmero
sin perdonar sacrificio,
para pintaros el vicio
con su tinte verdadero.
ELV. Y nosotros tus consejos
seguimos con entereza.
GEN. El que á vivir hoy empieza
debe escuchar á los viejos.
Nacido yo en la opulencia,
entre esa gran sociedad,
en que el lujo y vanidad

imperan á la conciencia.
En que el rico es avariento
y al pobre nadie le mira,
en la que todo es mentira,
pura farsa del momento.
Dó la virtud se degrada
y el talento se deprime;
donde nadie que se estime
puede preciarse de nada.
Donde impera la vagancia
y todo en farsa se torna,
y á cualquiera se soborna
si vé segura ganancia.
Donde se encuentra tambien,
aunque de distintos modos,
el engaño en casi todos
pero muy escaso el bien.
Y en fin, para concluir
relacion tan enojosa;
donde no se halla otra cosa
que el engañar y el mentir.
En esa gran sociedad
de placeres tan ficticios,
encenagado en sus vicios
pasé mi primera edad.
La carrera militar
abracé por aficion,
y al campo de division
salimos á pelear.
Alli no vale temer
ni nadie temor demuestra;
cada cual lleva en su diestra
un arma conque vencer.
No valen falsos ardides
ni mentidas alabanzas,
que las puntas de las lanzas
no respetan adalides.
A general he llegado,
y algo afortunado he sido,
pues compañero he tenido
que se estacionó en soldado.
Rudos combates sufrí,
do quier me cercaron males,
y en el campo de Ramales
mi amigo mejor perdí. (*á Elvira.*)
Tu buen padre... El corazon
se me contrae en el pecho
al recordarlo; es un hecho
que me llena de afliccion.
(*Elvira seca una lágrima.*)
Me encargó que te cuidase
y á mi lado te tuviese,
que por hija te adoptase
y que educacion te diese.
Todo lo cual he cumplido
cual cumple á un hombre de honor,
y mi delicia mayor
es haberte conocido.
Tú ya puedes aspirar
á ser muger de provecho,
pues los bordados que has hecho
y tu afan por estudiar,
te hacen pasar á mis ojos
por joven muy instruida,
que empieza á cruzar la vida
por una senda de abrojos.
Mañana tal vez esposa
serás...

ELV. (Oh!)

GEN. Desde ese dia
sé mas que nunca, hija mia,
con tu esposo cariños.
En mi concepto... si... hay uno
que en serlo tiene interés;
Alfredo sabe quién es.

ELV. Nadie se acuerda...

GEN. Ninguno?.
No te eludas con amaño
de la cuestion principal,
que te mime es natural
y nada tiene de estraño.
Pero crece su denuedo
cuando á tu lado se halla,
y aunque mañero lo calla
y nada sé por Alfredo,
abrigo la conviccion,
por datos de la esperiencia
que confirman mi creencia,
pues es ley del corazon
que se demuestra constante,
que el trato engendra cariño,
y que la pasion del niño
es en el hombre un gigante.

ALF. Al comprenderlo tú asi
mi duda ya se retira;
seré feliz con Elvira,
¿me la concedes?

ELV. (Oh!)

GEN. Si!
¡Bien, hijo! Perfectamente!
¡Mis ideas favoritas!
Con esa decision quitas
mas de una arruga á mi frente.
Elvira será tu esposa
si corresponde á tu ruego,
por mi parte te la entrego,
contigo será dichosa.

ELV. Señor, de felicidad
me colmais en este dia.

GEN. Todo es en casa alegria
goces de amor y amistad.
Sed felices, es mi anhelo,
eso mi pasion reclama,
que vuestra dicha derrama
en mi corazon consuelo. (*vase.*)

ESCENA VII.

ALFREDO *y* ELVIRA.

ALF. Ya podemos entregarnos
á la alegria, al contento;
mi padre aprueba gustoso
nuestra union...

ELV. Con qué respeto
estuve escuchando atenta
sus palabras, cuyo acento
en mi oido resonaba
con dulce armonioso eco!
Cada frase parecia
que desplegaba un misterio,
y sus ojos anunciaban
de inmensa dicha el reflejo.
Cuando concluyó de hablar
fué tal mi estremecimiento,
que casi juzgué imposible
el pronunciar un concepto.
¡Me he creido tan dichosa!
¡le debo tanto! Es tan bueno
para mi! Siempre me ha dado

tales pruebas de su afecto,
que no sé cómo mostrarle
mi gratitud...
ALF. ¡Oh! bien veo
que tienes un alma noble,
un corazon puro y recto;
estas dotes en el mundo
no se encuentran por dinero.
Es necesario que nazcan
con la persona; que el pecho
las conserve inmaculadas,
que el hábito del perverso
nunca empañe su hermosura
con ponzoñoso veneno,
y que crezcan mas lozanas
con la edad y con el tiempo.

ESCENA VIII.

Dichos y ENRIQUE. *Oyese disputar á Enrique con Ramon.*

RAMON. (*dentro.*) Voy á avisar al instante...
ENR. (*id.*) No puedo esperar.
RAM. Primero...
ENR. Pedazo de cancerbero,
vamos, quita de delante. (*Alfredo baja al foro.*)
ALF. Pasa, Enrique...
ENR. (*dirigiéndose á Ramon.*) Qué maldito!
ALF. Qué ha ocurrido?
ENR. Te diré... (*reparando en Elvira.*)
Elvira, á los de pies usté.
(Si será su favorito...) (*por Alfredo.*)
Ese caduco soldado,
de iracundo y torbo ceño,
me detubo con empeño
para pasarte recado.
Yo no acostumbro á esperar
ni me ha gustado en mi vida;
por eso quise en seguida
colarme sin avisar.
Tu criado, que es muy grave;
no le agrada, por lo visto,
que acá me cuele tan listo.
ALF. Si lo hace, es porque sabe
que papá le tiene dicho
que avise si alguno viene.
ENR. No, pues parece que tiene
conmigo solo el capricho...
ELV. (Sin comprender la razon
tengo miedo de este hombre!)
ENR. (Conquista! Pues por mi nombr
he de buscar ocasion...)
ELV. Se me ha pasado la hora
y dentro quehaceres tengo,
hasta despues. (*á Alfredo ap.*) Luego vengo.
ENR. A los pies de usted, señora.
(*Alfredo acompaña á Elvira hasta la entrada de la habitacion.*)
Esa muger me enagena;
con su inocencia y encanto
hiciera pecar á un santo!
Para querida es muy buena.

ESCENA IX.

ALFREDO *y* ENRIQUE.

ALF. De dónde vienes?
ENR. De ver
la chica mas celestial
que imagine lo ideal;
te la daré á conocer.
ALF. Siempre con el mismo tema!
ENR. El mismo, si; á cuantas veo
en amarlas me recreo;
que quieres, es mi sistema. (*se sientan.*)
Tú no puedes comprender
lo mucho que me divierte
el correr placida suerte
en pós de toda muger.
Pintarla mi ardiente llama,
sin quemarme, por supuesto,
y despues dejar el puesto
cuando observo que se inflama.
En las escenas de llanto
me gusta hallarme presente,
y te digo francamente
que nada me alegra tanto.
Mas confieso, por mi honor,
que en circunstancias fatales,
dieron alivio á mis males,
calmando mi mal humor.
Voy á indicarte los modos
de alcanzar de la muger
lo que intente tu querer,
cosa que no saben todos.
Escucha pues la manera
mas sencilla y regular
que debes siempre emplear
en tan gloriosa carrera.
La que te presuma bobo
veras que amar no se deja,
y que con la piel de oveja
cubre astuta la del lobo.
La que tema tu desvio
te perseguirá incesante,
repitiendo á cada instante
¡no me olvides, amor mio!
La que se empeña en querer
es temible por demás,
pues ocasiones tendrás
que necesites correr.
La que te esceda en edad
tenla siempre por segura;
miente sin tasa, y procura
no decirla una verdad.
Que la muger al notar
que la adoras con delirio,
acrecienta tu martirio
y goza en tu malestar.
Míralas con torvo ceño
y hasta su dolor desprecia,
que entre tanta y tanta necia
nunca aparezcas pequeño.
Que tu capricho confunda
la pasion mas verdadera;
que si pasas la primera
no perdones la segunda.
Que afectes gran dignidad
aunque no la conocieres;
que con destreza pondéres
y alhagues su vanidad.
Pues tal flaqueza las mata;
y si tú maña te dás
para atraerlas, verás
que la aguda es insensata,
y la necia, vanidosa,
la coqueta, presumida,
la fea es entrometida

y la vieja pudorosa.
Qne es un tipo original;
cuya enseña es el desvio;
que yo de todas me rio
porque á todas quiero mal.
ALF. Concluiste?
ENR. Conclui.
ALF. No ha sido tu arenga corta;
pero en suma, nada importa
lo que has dicho.
ENR. Algo, si,
no te sostendré que todo;
aunque creo te interesa
para triunfar en la empresa...
ALF. ¡Interesarme! No hay modo
de que comprendas, Enrique,
que yo no lo necesito?
ENR. Pues entonces, di, maldito,
cómo quieres que me esplique?...
ALF. No me hables de esa cuestion,
que el oirte me hace daño,
y dispénsame si estraño
que critiques sin razon.
Si yo en las mugeres creo
porque mal no me han causado,
no te tomes el cuidado
de probar lo que no veo.
Con tu lengua viperina
me has hecho el vivo retrato
de la muger sin recato
que al hombre ciego alucina.
¿Es que probarme pretendes,
con artificio profundo,
que no hay virtud en el mundo?
ENR. Está visto, no me entiendes;
he dado mi parecer
simplemente, deduciendo
por lo que me está ocurriendo,
lo que puede suceder.
En esto tengo mas ciencia
que tú, no es por alabarme,
porque al fin puedo apoyarme
en datos de la esperiencia.
La muger es un abismo!
ALF. Y porque tal tú la creas,
y al fin su enemigo seas,
debo pensar yo lo mismo?
Tengo conviccion profunda
de que cuanto el mundo encierra
en esta mísera tierra,
en tres placeres se funda.
El primero es la familia
que se viene á conocer,
desde que el hombre al nacer
ella sus bienes concilia.
El segundo la amistad
cuyos cariñosos brazos,
une á los hombres con lazos
de dulce fraternidad.
El amor es el tercero
que nos ofrece su encanto,
pues su fuego sacrosanto
es siempre imperecedero.
Yo nada encuentro mejor
que las tres cosas citadas,
por todos tan codiciadas.
ENR. Pues hay otras; con ardor
á cultivarlas me entrego.
¿Dónde hallarás los placeres
que te brindan las mugeres,
y las orgias y el juego?..
Ya proyectas una fuga
con apócrifa doncella
que de tu amor se querella
y tu capricho subyuga.
Ya una vieja sesentona
te persigue denodada,
y aunque no consiga nada
ni un momento te abandona.
Tras veinte cartas perdidas
que te tienen mareado,
el hallarte rodeado
á un tiempo de cien queridas
que calman el sinsabor
con su plácida sonrisa,
que estasiado te precisa
á olvidar el mal humor.
Esto si que es divertirse
entretenerse y gozar;
lo demas es vejetar
y de fastidio morirse.
ALF. No lo niego, mas repara
en que tal vez llegue un dia,
que esa broma y alegria
pudiera costarte cara.
ENR. No lo creas; yo camino
con muy buenas precauciones
y estudio las ocasiones
con madurez y con tino.
Pero dime, en qué te fundas
para pasarte una vida
tan austera y recogida?
ALF. Poco á poco... no confundas
las cosas. Haz distincion
en tu crítica severa,
del que nace calavera,
y con poca reflexion
el bien busca en un cinismo;
y del que no se separa
de su deber; pues repara
que entre ellos hay un abismo.
ENR. Qué negro pintas el paso!
Un precipicio!... El deber!...
—Tú ya puedes comprender,
que de frases no hago caso.
Vamos, habla sin rodeos,
que es lenguaje que me agrada.
Conozco una chica honrada
que accederá á tus deseos.
Te presento, la saludas
y la ofreces cuanto vales
y apuesto que cuando sales
hasta de doctrina mudas.
Aceptas?
ALF. Vana quimera!
He resuelto dedicarme
á otra beldad, y casarme,
diga el mundo lo que quiera.
ENR. Jesus! Y qué desatino!
No mereces que te trate...
Quién piensa en tal disparate!...
¿Tiene muger tu vecino?
ALF. Pero Enrique, esas preguntas!...
ENR. Algo te quieren decir,
si las sabes traducir
veras que dicha barruntas!
ALF. Vuelta á la misma manía!...
¿Cuántas quisieras tener?

ENR. Toma, si pudiera ser
una deidad cada dia.
Si yo á todas aborrezco
cuando de boda se trata!
Qué no merece una ingrata?...
Solo en pensarlo padezco,
Y el nombre de la dichosa
por quien tu pecho suspira,
se puede saber?
ALF. Elvira,
es el nombre de mi esposa.
ENR. (Yo que pensaba tambien
conquistarla... no merece...)
ALF. Con que al fin, que te parece
mi futura?
ENR. A mi? Muy bien.
(Reflexionaré que luego...
porque al cabo es un amigo.)
ALF. Sé de mi dicha testigo.
ENR. ¿Dices de tu dicha? Niego;
te has debido equivocar
al pronunciar esa frase.
(Antes que adelante pase
yo le haré capitular.)

ESCENA X.

Dichos y RAMON.

RAM. Su papá para un asunto
le aguarda en el gabinete.
ENR. (Este viejo es un zoquete!)
ALF. Adios, chico. Voy al punto.
(*á Ramon que se va.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE *solo.*

¡Gracias á Dios que se fué!
¡Vaya un apurado lance!...
¡Por no faltar á un amigo
debo sin novia quedarme!
¡No señor! Yo veo á muchos
que no respetan á nadie,
y que sin mas miramientos
lo que quieren eso hacen.
Ese Alfredo cuando hablo
en renegar se complace,
sin notar que con sus pullas
me está quemando la sangre;
pero juro desde hoy
su linda novia atraparle,
y de este modo consigo
de sus palabras vengarme.
Combinemos por de pronto
oportuno plan de ataque,
que la muchacha, de fijo,
se rinde cuando la hable.
La diré que apasionado
me tiene su lindo talle;
que su gracia y donosura
han logrado cautivarme.
Y si se niega insensata
á favorecer mis planes,
y alienta con su desvio
el deseo que en mi arde...
entonces veré qué hacer
para saciar mi corage.
Ella viene.—Me decido
á principiar el ataque.

ESCENA XII.

ENRIQUE *y* ELVIRA.

ENR. Bien venida, Señorita.
(Voy á empezar el enredo.)
ELV. Ah!... es usted...
ENR. Si...
ELV. ¿Y Alfredo?
ENR. Su padre le necesita.
ELV. Me retiro...
ENR. Solo un instante
pretendo á usté demorar,
porque la quisiera hablar
de un asunto interesante.
ELV. (Yo no sé lo que me pasa...
pero este hombre que intenta?)
ENR. Há seis dias, por mi cuenta,
que yo visito esta casa;
desde entonces conocí
al angel que en ella habita;
ese es usté, señorita,
me permito hablar así.
Nunca se abrieron mis labios
para decir una frase
que mi anhelo declarase...
¡tanto temí los agravios!
ELV. No prosiga usted; la ausencia
de Alfredo no le permite
que en hablar se estralimite.
ENR. (Es patente su inocencia.)
Señora!...
ELV. No me desdigo;
ese esforzado lenguaje
es en su boca un oltraje
que no merece un amigo.
Si de la amistad los lazos
exigen veneracion,
con tan pérfida traición
usted los hace pedazos.
ENR. Si esquiva á mi pretension
su favor piensa negarme,
no es motivo para darme
tan brusca contestacion.
Yo la ofrezco un porvenir
de felicidades lleno...
sino le parece bueno
me lo puede usté decir.
ELV. Ya que tan franco y cortés
me espresa su pensamiento,
voy á decir lo que siento,
apreciando su interés.
En la virtud educada
y llevándola por guia,
comprendí, que yo debia
ante todo ser honrada.
Ese es el bello ideal
que llevo fijo en la mente,
y que tendré muy presente
pues es todo mi caudal.
De olvidar ese concepto
antes prefiero morirme;
que nadie pueda decirme
que quebranté mi precepto.
Cumple pues á mi decoro
suplicarle que me olvide.
ENR. No es posible lo que pide
cuando yo tanto la adoro.
ELV. (Es sin ejemplo tenaz!)

ENR. (Mi causa lleva mal corte;
toquemos otro resorte
que la niña es muy sagaz!)
¿Es posible destruir
de inmensa pasion el foco?
Todo el mundo fuera poco
para hacerme desistir.
Ya comprende usté, señora,
que al hombre que sabe amar,
le es imposible olvidar
ni un instante á la que adora.
Es el amor en su esencia
un ser que nos vivifica,
que complace y mortifica
á un tiempo con su presencia.
Es en goces tan ameno
que hasta infinito parece;
con su nectar enloquece
y mata con su veneno.
Le basta con solo un dia
para tomar posesion
del mas duro corazon
que á su encanto resistía.
Y á veces en un momento
con su chispa nos inflama,
ondulando entre su llama
gozo, esperanza ó tormento.
Eso á mi me ha sucedido,
amor esconde mi pecho:
¿diga usted, tengo derecho
para ser correspondido?
ELV. No hallo razon poderosa
que el derecho justifique,
mucho menos, don Enrique,
tratándose de la esposa.
ENR. (Finjiré no comprender.)
¡Casarse usted!...
ELV. Con Alfredo.
ENR. (Si yo pudiese por miedo...)
¡La debo compadecer!
ELV. ¿Pero por qué?
ENR. ¡Buena gana!
Si usted se casa en él,
ha de buscar un cordel
á la segunda semana.
ELV. Ese modo de espresarse...
ENR. Será poco conveniente,
mas señora, francamente,
quién opina por casarse?
Si tiene usted conveniencia
para disfrutar del mundo,
es un error sin segundo
no ambicionar opulencia.
ELV. Yo deseo la pobreza
en toda su plenitud,
que no hermana la virtud
con el fausto y la grandeza.
ENR. De contraer esa union
queda usted ya relegada,
y de todos olvidada.
ELV. Cabalmente es la razon
que mas ha contribuido
á decidirme á ese enlace,
que en estremo me complace.
ENR. (No quiere darse á partido.)
(*Ramon se dirige á la habitacion del general con unos periódicos en la mano, y al oir el primer verso se detiene y vá á ocultarse detrás del cortinaje de la habitacion de Elvira.*)
No estrañe usted si la digo
que algun dia llegará
que de grado me amará;
pongo al tiempo por testigo.
RAM. (¡Qué dice!)
ELV. (Tendrá valor...)
ENR. Yo he de calcular el modo...
ELV. Ha de atreverse...
ENR. Si, á todo
hasta conseguir su amor.
RAM. (Tunante!... Yo te prometo!...)
ENR. Escuso recomendar
á usted, que ha de guardar
el mas profundo secreto.
Un bienestar duradero
hallará usted á mi lado;
piénselo usted con cuidado,
mañana respuesta espero. (*vase.*)

ESCENA XIII.

ELVIRA, *y* RAMON *que sale pausadamente.*

ELV. ¡Pero Dios mio!... Qué es esto?...
Por qué ese hombre fatal
abriga para mi mal
un designio tan funesto!
¿Quién defenderme podrá
de lo que pérfido intente?...
RAM. (*presentándose.*) Señora!... mientras aliente,
Ramon os defenderá.
(*Elvira se dirige á Ramon y le impone silencio.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

RAMON; (*se ocupa en limpiar y cargar unas pistolas.*
Gracias á Dios que estan limpias
y cargadas; desespero
al ver lo poco que duran
en este estado... Aqui dentro
(*las guarda en el cajon de la mesa.*)
voy á guardarlas, no ocurra
que alguno sin precaverlo,
las agarre y de la prueba
se quede el pobre sin sesos.
¡Pues estamos para sustos
sobre los que ya tenemos
encima! ¡huy! En esta casa
solo se ven rostros serios.
Desde que el tal don Enrique
habló con Elvira, y necio
su pretension hizo ver,
todo ha mudado de aspecto.
Hay cosas que no se esplican...
yo al menos no las comprendo...
don Enrique en su doblez
amistad franca fingiendo,
roba á un amigo la prenda
que mas ama. Ese perverso
se olvida que en la amistad
hay deberes muy estrechos,
á que el hombre bien nacido
siempre conserva respeto.
Pero existen ciertos seres
codiciosos de lo ageno,

que osados, mas que valientes
solo buscan un momento
para sembrar la discordia
que siempre llevan con ellos.
No hay mas que ver... en Elvira
tengo bien claro el ejemplo...
Ya se vé, la pobrecilla
ha tomado tan á pecho
las palabras de ese hombre
que llorosa y sin sosiego
se encuentra... y si entretanto
llegase á saber Alfredo...
¡Dios me libre, porque entonces.
esto seria un infierno. (*con decision.*)
Pues yo no estoy para chanzas,
y si por desgracia advierto
que á mis amos se les falta,
sin andarme en mas rodeos,
al que tuviere la culpa,
llámese Crispin ó Diego,
le haré saber con mis puños
el deber de un caballero.

ESCENA II.

Dicho, y Enrique *entrando.*

Enr. (¡Uf que escalera tan alta!
Tan de prisa la he subido...)
Ram. (Aunque no hubieras venido
maldito si hacias falta.)
Enr. Tú aquí! (*reparando en Ramon.*)
Ram. Y eso os admira...
Enr. (El me sacará de dudas.)
Ram. (Si tiene cara de Judas!
Este viene por Elvira.)
(*se sienta Enrique sin quitarse el sombrero.*)
Enr. (Magnífico cancerbero
para guardian de un estrado!)
Ram. (Qué llaneza!... Se ha sentado
y sin quitarse el sombrero.)
Enr. Oye tú... (*en tono imperativo.*)
Ram. (Que un ser raquítico
quiera echarla de prohombre!)
Ramon me llamo de nombre (*indignado.*)
Enr. (Qué grosero!)
Ram. (Qué impolítico!)
Enr. Ramon?... Lo tendré presente... (*en tono de burla.*)
es un aviso oportuno!...
Ram. (Se está burlando el muy tuno!)
Enr. Vamos á ver, y la gente?
Ram. (Sufrir con calma no puedo...)
Qué gente? (*con despego.*)
Enr. Si, voto á tal!...
No habita aquí el General
con Elvira, y con Alfredo?
Pues por ellos preguntar
quise...
Ram. Eso es muy diferente;
porque al oir lo de *gente*,
no supe que contestar.
(Vamos, es mucho cinismo!)
El General descansando,
y el señorito almorzando
está.
(Vaya un laconismo!)
Almorzando!... Y son las tres!
Bonita hora... adecuada!
(A ti no te importa nada!)
Eso es vivir al revés.
Ram. Parece que así le place.
Enr. Pero es costumbre nefanda.
Ram. Aqui lo que el amo manda
es solo lo que se hace...
(Tengamos la fiesta en paz!)
Enr. Corriente... mi observacion
fué solo una indicacion
hácia ese jóven tenaz.
Y Elvira?
Ram. (Ya.) Sin novedad.
Enr. Me alegro mucho. (Adelante.)
Ram. (Claro indica su semblante
que no dice la verdad.)
Enr. Es una niña modesta (*con mercada hipocresia.*)
digna de todo respeto.
Ram. (Si, será mas, te prometo...)
Enr. Cuantos encantos no presta
un alma tan inocente.
Yo pasára horas enteras...
Ram. (Eso es lo que tu quisieras,
reflejarte en esa fuente.)
Enr. Nueva senda venturosa
traza á sus pies el capricho;
Alfredo, segun me ha dicho,
piensa en hacerla su esposa.
Ram. Es muy cierto...
Enr. Mas su padre
ese enlace no reprueba?
Ram. Muy al contrario, lo aprueba
aun que á muchos no les cuadre.
(Alla te vá la indirecta.)
Enr. Con gusto seré testigo
de la dicha de mi amigo...
Esa union tan imperfecta...
su clase tan desigual...
Ram. Eso importa poco ó nada,
le basta con ser honrada.
Enr. Si, pero no tiene un real!
Es el tema verdadero,
la moneda, bien me fundo,
¿qué papel hace en el mundo
una muger sin dinero?
Ram. Miserable raquitismo!
El oro!... Pues, la codicia...
luchando con la avaricia
por fin tocar el abismo.
Enr. ¡Avaricia!... Las mujeres
no entienden tal letania,
y pues quieren cada dia
nuevos caprichos, placeres
distintos, á nuestra vez
que lo pidamos es justo,
pues encuentro de mal gusto
mendigar á la vejez.
De la muger es la ciencia
derrochar, eso es sabido,
y si se queja el marido
esclamar: ¡oh! Qué imprudencia!
Mientras el dinero dura
todo es contento, sosiego;
se concluyó, y entran luego
los motines, la tristura.
Que si llevé tanto ó cuánto!
Tú me has hecho desgraciada!
¿Por qué naci tan honrada?
El pobre esposo entretanto
mira su bolsa espirante,
meses antes bien repleta,
que no tiene una peseta.

y en ademan vacilante
entre sí suele esclamar,
comprendiendo lo bolonio
que fué, no mas matrimonio,
yo me quiero divorciar!
Nada, nada, ya el mejor
partido que al hombre queda
es buscar muger-moneda,
que con dinero hay amor.

RAM. Será verdad, si usted quiere,
lo qne de decir acaba;
pero á Elvira menoscaba
y es justo que no tolere...
Amontona usté un proceso
para decir que la chica
es pobre, no siendo rica,
¿no vale nada por eso?
¿Qué caudal mas estimado
el hombre bueno ambiciona?
La virtud de la persona
ó el oro del potentado?
El que deshonrado empieza
se le mira con horror,
pero aquel que tiene honor
lleva erguida la cabeza.
No hay nada que al honor venza
pues con él todo se aviene,
por eso el que no le tiene
pierde con él la vergüenza,
Por eso usted sin reparo... (*con fuerza.*)
no fué su fortuna escasa,
porque á estar en otra casa
le costára á usted muy caro.

ENR. Téngame Dios de su mano!
¡A mi, tunante, faltarme!
(*le amenaza con una silla.*)
¡Pero no quiero mancharme
con la sangre de un villano!

RAM. ¡Poner el valor á precio
un muñeco de Alfarache,
dá lugar á que le tache
de ser un solemne necio!

ENR. Vamos á la calle presto!
Hasta la venganza toco.

ALFREDO. (*saliendo.*) Enrique, te has vuelto loco?
Tanto gritar, eh? Qué es esto?

ENR. Déjame!

ALF. Qué tonteria...

ENR. Estoy loco de corage;
¡voy á vengar un ultraje!

ALF. Permíteme que me ria.

ENR. Pues yo no estoy para bromas
y me apoya la razon.

ALF. Déjanos solos, Ramon.

RAM. (Sino mirara...) (*vase.*)

ALF. Lo tomas
muy sério! Qué te ha pasado?

ENR. Ramon se me insolentó!

ALF. Cuando á tal se propasó
antes tú le habrás faltado.

ENR. Te equivocas, fué al contrario
¡no! pues como á mi me exalten...

ALF. Das lugar á que te falten
con tu genio temerario.
Vaya, no vale la pena
una frase; para qué?...
Al decirla, yo bien sé
que su intencion era buena.

ENR. Aunque tu afan le disculpa,
te juro no lo merece.

ALF. Francamente, me parece
que ha de ser tuya la culpa.

ENR. Ya me calmé del sofoco.

ALF. Pero qué arranques son esos?

ENR. Para saltarle los sesos,
mira, me faltó mny poco.
Que nunca está bien mirado
ni el decoro lo permite,
que asi se me estralimite
un estúpido criado.

ALF. No digas mas disparates!

ENR. Aun he de ver á ese maula
ocupar alguna jaula
en una casa de orates.

ALF. Vuelves de nuevo á empezar?

ENR. Es que ha sido un majadero.

ALF. Vamos, toma tu sombrero;
me quieres acompañar?

ENR. Dónde vamos?

ALF. A paseo;
alli calmarás tu ira.

ENR. (De vuelta veré si Elvira
corresponde á mi deseo.
Pobre tonto, te figuras
que á la dicha te conduces;
vives en siglo de luces
y se vé que estas á oscuras.
Lo que tanto te interesa
no menos á mi me incumbe,
ó ella en la lucha sucumbe
ó yo triunfo de mi empresa.)
En marcha.

ALF. Si, cuando quieras.
(*Enrique se mira al espejo.*)
Qué seductor!... Bribonazo!

ENR. (Cuando sientas el cantazo
ya me lo dirás de verás.)

ESCENA III.

EL GENERAL *y* RAMON.

GEN. Tampoco aquí!... Dónde está?
Tal vez estará en su cuarto.
Qué habrá ocurrido, Dios mio!
Qué motivará su llanto!

RAM. (Pensativo está!) (*saliendo.*)

GEN. Qué medio
he de hallar mas acertado
que preguntar á ella misma...
Pero no... que nada en claro
sacaria, porque Elvira
sin duda quiere ocultarlo,
cuando á mi nada me ha dicho.

RAM. (Esto se va encapotando.)

GEN. (Ah!... tal vez Ramon sepa...
Su fidelidad... Veamos...)
Oye, Ramon... tu eres fiel,
la mentira no ha manchado,
desde que yo te conozco,
ni una vez sola tus labios.
Pues ahora mas que nunca
la verdad de ti reclamo;
tengo una duda terrible
que me está martirizando.
Tuvo Elvira con mi hijo
algun disgusto? Sé franco.

RAM. (Qué compromiso!) Señor,
que yo sepa... (Si declaro

lo que ocurrió con Enrique,
le mata; ¡bueno es el amo!)
GEN. Dices que no? Pues entonces
de qué nace su quebranto?
Qué motivo pudo haber?...
RAM. Yo no sé como esplicarlo.
GEN. Si vieras cual me entristecen
estos pesares amargos!
Yo necesito reposo
á la postre de mis años,
no momentos de amargura!
RAM. ¿Pero á qué darse mal rato?
Vemos que Elvira está triste;
pues corriente, sin enfado
se averigua la razon...
Teniendo prudencia y tacto
todo en el mundo se vence.
Ademas... por muy estraño
que el motivo nos parezca,
como nosotros miramos
las cosas, si, bajo un prisma
de cariño, nada escaso,
me parece mas prudente
observar, que al fin y al cabo
teniéndo maña y paciencia
todo se sabe, mi amo.
GEN. Cualquier medio adoptaré
hasta inquirir lo que tanto
me interesa. ¡Pobre Elvira
si á un militar tan bizarro
como tu padre perdiste,
tambien hallarás en cambio
en mi tu segundo padre
para prestarte su amparo!
RAM. Conviene no perder tiempo.
GEN. Tienes razon.
RAM. Solo aguardo
que usted mande, y obedezco.
GEN. Infórmate con amaño
por si entre Elvira y Alfredo
algun disgusto ha mediado,
precursor del desconsuelo
que se advierte...
RAM. Si hay algo,
de fijo que lo sabré.
(Oh! Mas te vale ignorarlo!)
GEN. Una escision es la causa,
sin duda, de su quebranto.
Mucho tino; cuanto sepas
me lo dices sin retardo...
para tomar providencia.
RAM. Muy bien, quedo en el encargo.
GEN. Sobre todo. discrecion...
pudiera costarte caro
una falta... la mas leve...
A Elvira que aqui la aguardo.
RAM. (Antes que darle un disgusto
me dejo cortar un brazo...
oh! Si reincide ese tuno...
no hay mas remedio... le mato. (*vase.*)

ESCENA IV.

EL GENERAL.

Yo me encuentro mas tranquilo;
parece que de mi pecho
el pesar se ha mitigado;
porque Ramon, de su celo
ha de averiguar. lo sé,
lo que para mi es misterio;
ademas, estas muchachas
son tan sensibles, que pienso
que la mas mínima cosa
ocurrida con Alfredo,
dará lugar á disturbios
cuyas consecuencias temo.
Aqui viene... está llorosa.

ESCENA V.

GENERAL Y ELVIRA.

GEN. (Que rostro tan hechicero!)
Vamos, ven acá, hija mia;
siéntate.
ELV. (Oh! qué tormento!)
GEN. Parece que estas muy pálida.
Te sientes mal?
ELV. No por cierto;
gozo de buena salud;
al menos por el momento.
GEN. Sin embargo, yo no sé
que novedad en ti encuentro;
estas triste.
ELV. Yo, por qué?
GEN. Será aprension... pero creo...
casi me atrevo á decirte
que padeces.
ELV. No padezco.
GEN. (Esto es horrible, está visto;
quiere guardar el secreto.)
Si yo te digera, Elvira,
que tus ojos macilentos
me indican tu malestar;
si de tu rostro el contento
notára que se alejó
dejando estampado el sello
del pesar, que marca un surco
en tu frente; si sereno
al dirigirte mi voz
viendo tu gran desconsuelo
descubro, que como ahora
tiernas lágrimas vertiendo
que son perlas cristalinas
que el corazon en su eco
desprende; aunque ocultarlo
pretende tu aturdimiento;
qué me indican, dime, Elvira!
ELV. Por Dios! Que guardeis silencio,
GEN. No temas; nada te altere;
hablar puedes sin recelo
de que nos oigan... Llora, hija,
dale espansion á ese pecho!
Voto á tal! Yo tambien lloro
como si fuera un muñeco.
Conque vamos, la verdad,
has tenido con Alfredo
algun disgusto? Sé franca.
ELV. No, papá.
GEN. No me convengo.
Le viste hoy?
ELV. Esta mañana.
GEN. Pero seguis en perfecto,
estado? Qué respondes?
ELV. Si...
GEN. Entontes por lo que infiero,
tu pena es otra?
ELV. No tal;
si estoy contenta.

GEN. Yo veo
que tu alegria es ficticia;
las lágrimas que corrieron
ha poco por tus mejillas,
comprobando están mi aserto.
Ellas son mas elocuentes
que tus frases; el silencio
en ti fuera criminal;
ademas, que no comprendo
qué razones pueda haber
para formar un misterio
de una cosa, que saberla
me corresponde en derecho.
ELV. (Qué lucha!... Pero no, nunca...
si lo supiera!...) El recuerdo
de mi buen padre produjo
mi tristeza... lo confieso;
pero ya estoy mas tranquila.
GEN. Pues hija, no hay otro medio
que conformarse; ¡Dios quiso
llamarle con él al cielo
donde rogará por ti.
ELV. Su voluntad acatemos.
GEN. (¿Será verdad lo que dice?)
ELV. (Al fin pude convencerlo.)
GEN. (He de saber por Ramon...)
Ten presente mis consejos.
Que si un padre te faltó
esa mision llenar debo. (*vase.*)

ESCENA VI.

ELVIRA, *con marcado sentimiento.*

Noble generoso anciano,
digno siempre de respeto;
tu tragiste á mi memoria
el recuerdo que venero.
Mi buen padre... á quien no pude
ni siquiera conocerlo...
mil veces mi fantasia
me le presentaba en sueños.
Al verle, mi corazon
henchido de noble anhelo,
me decia, este es tu padre,
abrázale si es tan bueno!
Yo corria presurosa
á darle un abrazo tierno;
pugnaba por acercarme,
cuando una mano de hierro
me sujetó, y en la lucha
¡ay! sucumbí; por fin despierto;
bien pronto la realidad
descubre su claro velo;
ni siquiera una esperanza;
todo ficcion, todo ensueño.

ESCENA VII.

ALFREDO, ENRIQUE, ELVIRA Y RAMON.

ALF. Salió de casa papá?
RAM. No señor, mas tal vez luego...
ELV. (Enrique.)
ENR. (Si, á tiempo llego;
gracias á Dios, aqui está.)
(*Alfredo dá algunas órdenes reservadas á Ramon.*)
ENR. (Aprovecho la ocasion.) (*á Elvira*)
Prometí que volveria
y cumplo, por vida mia,
lo que ofrezco.
ELV. (*reprimiéndose.*) (Corazon!)
ENR. Verla sola necesito.
ELV. Caballero!...
ENR. Basta ya...
usté no me negará
la dicha que solicito.
RAM. Bien, señor. (Ese tunante
se aprovechó para hablar...
pues yo no le he de dejar
solo con ella un instante. (*se retira.*)
ALF. Aqui tienes á la perla
mensagera de mi amor.
ENR. Para apreciar su valor
no es menester mas que verla.
ALF. Por lo mismo mis cuidados
se cifran en serle fiel.
ENR. (Qué ridículo papel
hacen los enamorados!)
ALF. Con qué placer doy mi mano
á tan cándida paloma!
ENR. (Pues señor en esta broma
yo haré el papel de milano.)
No lo dudo.
ELV. (*á Alfredo, ap.*) Basta ya.)
Señores; yo no merezco...
(¡Si viera cuanto padezco!)
ALF. Pero... (*ap. á Elvira.*)
ELV. No... (*idem.*)
ENR. (Qué le dirá?)
ALF. Con que chico, con franqueza,
¿tu suerte está decidida?
Dedícate á mejor vida;
vamos, sienta esa cabeza.
ENR. Tienes razon; he pensado
de otro modo, porqué veo...
(*Durante esta escena, la mirada de Enrique indicará que todo vá dirigido á Elvira.*)
ALF Dispensame, no te creo.
ENR. Me encuentro ya muy cambiado.
ALF. Un cambio tan repentino
esplícame de que nace,
porque algunos dias hace
eras todo un libertino.
ENR. (Viene á pelo la ocasion)
Que te esplique... sin reparo,
aunque te rias, declaro
que nace de una pasion.
ALF. ¿De ánimo?... No tienes traza
de que ese mal te atormente.
ENR. Si quieres que te lo cuente
escúchame con cachaza.
Me juzgas tan insensible
que amar no pueda á una bella!
Pues mira, ¡tal es mi estrella
que tengo amor.
ALF. Imposible!
Tu corazon es de hielo!
ENR. De hielo? ¡Qué tonteria!
Eso es lo que yo quisiera!
Piensas que si verdad fuera
á esa mujer amaria?
Pero tiene por mi mal
tantos encantos, querido...
cuando á mi me ha parecido
por lo bella, celestial!
Ya tu ves, pensar asi...
ALF. ¡Debe ser una gran cosa!
¿Piensas hacerla tu esposa?
ENR. Veremos.

ELV. (Habla por mi.)
ALF. Y qué ¿tal la pareciste?
En ser tuya convendrá?
ENR. Convenga ó no, lo será;
por el pronto se resiste...
ELV. (Dios mio!)
ALF. ¡Qué desatino!
es mucha temeridad!...
ENR. He de hacer mi voluntad
sin reparar el camino.
He creido comprender,
despues de echada mi cuenta,
que teniendo buena renta
me faltaba una muger.
Tate! pues la buscaré,
dije para mi capote,
aunque no me traiga dote
me conviene, la encontré
por fin; estoy decidido,
y desde hoy mi lucha empieza;
¿Con que dime con franqueza,
podré yo ser buen marido?
ALF. Escelente! Pero escucha,
no puede ocurrir tambien
que no la parezcas bien
y te derrota en la lucha?
ENR. Todo lo tengo previsto;
como de negarse trate
haré cualquier disparate.
ELV. (Qué dice?)
ENR. ¡Por Jesucristo!
cuando de amor estoy loco,
que me dijera que no?
Fuera capaz!... Qué sé yo,
todo me parece poco.
(Baja los ojos... me entiende...)
ALF. Pero eso es ya demasiado;
conque á la fuerza ó de grado
la obligas?... No se comprende;
que desistas es preciso;
tal obrar no te conviene;
¿figúrate que ella tiene
algun otro compromiso,
que será lo mas probable?
ENR. Accederá, sin dudar,
siquiera por evitar
una escena lamentable.
De lo dicho nunca cejo;
tendré que sufrir, paciencia,
mas con su juicio y prudencia
tomará al fin mi consejo.
ELV. (No puedo mas!)
ENR. Pero á qué
darse mal rato? (*riendo.*)
ALF. Si, cierto.
(*Enrique pasando al lado de Elvira.*)
ENR. (Este corazon ha muerto!)
¿Qué silenciosa esta usté;
no es usted de mi opinion?
ELV. Yo...
ALF. Nos seguiras contando...

ESCENA VIII.

Dichos y RAMON.

RAM. Esta carta.
ALF. (*abriéndola.*) De Fernando.
RAM. Esperan contestacion.
ENR. Fernandillo! Qué le pasa?
Pide dinero? No es cierto?
ALF. Me invita para un concierto
que debe darse en su casa
esta noche.
ENR. Debes de ir.
ALF. Mal mi designio penetras;
voy á ponerle dos letras
porque pienso no salir.

ESCENA IX.

Dichos, menos ALFREDO.

RAM. (Aqui entro yo; con cautela
cumplamos con la consigna.
(*se dirige á la entrada de la habitacion de Elvira, y se coloca detrás del cortinaje.*)
Este punto me designa
el lugar del centinela.)
ENR. Señorita mi ansiedad
á dilacion no se presta;
pendiente de su respuesta
está mi felicidad.
ELV. Muy estraño me parece
que usted pudiera creer...
ENR. Señora...
ELV. Ese proceder
solo desprecio merece.
Buscando vá mi deshonra;
es una hazaña mezquina.
¡Usted sin duda imagina
que nada vale la honra!
Fué vana su pretension;
es muy inútil su obra...
para guardarla, me sobra
energia y corazon!
RAM. (Muy bien dicho.)
ENR. En este caso
á determinar procedo,
porque jamás retrocedo
cuando doy el primer paso.
ELV. ¿Qué pretende usted decir?
Esa amenaza?...
ENR. Tal vez!
RAM. (Miserable!)
ELV. (Qué doblez!)
RAM. (Ay!... como llegue á salir!) (*con ira.*)
ELV. ¡Quien á tanto se propasa
no merece se le admita (*con entereza.*)
como amigo, ni visita;
no vuelva usted á esta casa!
ENR. Esto mas!... Pero no importa;
asi alienta mi corage;
(*dominando su orgullo zaherido.*)
al recibir este ultrage
la venganza me reporta!
No he de esperar á mañana;
mi resolucion es cierta
si usted me cierra la puerta
(*se dirige apresuradamente á la puerta y de pronto se para mirando al balcon.*)
yo buscaré una ventana.
(Oh! que idea! Lo que alcanza
del hombre la decision!
(*se aproxima al balcon y reconoce la elevacion.*)
Justo... por este balcon...
¡hoy consigo mi venganza!) (*vase.*)

ESCENA X.

Dichos, menos Enrique.

Ram. (Ah! tunante!)
Elv. Ya se fue;
se trastorna mi sentido;
será tal vez un vahido;
ah!... (*Elvira se desmaya en un sillon.*)
Ram. Señorita... Voto á tal!
Se ha desmayado, preciso...
¡Santo Dios, qué compromiso!
Aqui viene el General!

ESCENA XI.

Dichos, y el General.

Gen. Hija mia! (*dirigiéndose á ella.*)
Ram. Por mi nombre!
Gen. Quién el mal ha producido? (*socorriéndola.*)
Ram. Don Enriqoe.
Gen. Maldecido!
¡Yo he de matar á ese hombre!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que el anterior, es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Ramon *sale con un quinqué que coloca sobre la mesa; á poco* Joaquina.

Ram. Dios nos dé muy buenas noches,
porque bien nos hace falta.
Jesus! Jesus! qué desorden!..
Es un Babel esta casa.
Y á no ser por mi, ya todo
se lo llevára la trampa.
Vamos con calma, Ramon;
tu posicion es precaria,
pues despues de lo ocurrido
tu deber te aconsejaba
á ese tunante, de Enrique
tirarle por la ventana.
Canario! Pues es verdad;
esta posicion es falsa;
sin saber cómo ni cuándo
juego un papel de importancia
que me obliga á sostenerme,
casi, casi, á flor de agua...
y estar asi mucho tiempo
á cualquier cristiano cansa,
por muchos brios que tenga.
Tomémoslo con cachaza,
resolucion... mar adentro
y lo que saliere salga.

ESCENA II.

Ramon queda meditabundo y sale Joaquina.

Joa. Ramon?
Ram. (Lo mejor será...)
Joa. (No responde!)
Ram. (Sí!)
Joa. (Qué calma!)
Ramon! Ra!...
Ram. Vamos, qué quieres?
Joa. El señorito te llama.
Ram. Voy al punto.
Joa. (Qué moscon!)
Vamos á ver, qué pensabas
para estar tan distraido
mirando las musarañas?
Ram. A usté no le importa un bledo
que yo piense ó me distraiga!
Joa. Si, ya sé que tú has de hacer...
Ram. Lo que me diere la gana;
ola!... olal... Pues medrados
estamos... Una criada!...
Joa. Y qué es él?
Ram. Pico mas alto,
yo soy ayuda de cámara!
Joa. Criados somos los dos.
Ram. Mi esfera es mas elevada
que la de usted, pero mucho!
Ademas, mis circunstancias
son otras... porque yo al fin
tengo servicios de armas...
diez cruces que me distinguen.
Y usté qué tiene?
Joa. Yo, nada...
Ram. Si usté tiene alguna cruz,
será la de las tenazas.
Joa. Lenguaraz! Como se atreve!
Ram. (Válgame Cristo, qué cara!
Mugeres como la muestra
debieran de estar en Africa!)

ESCENA III.

Dichos y el General *entrando.*

Gen. Qué voces! Qué disension
á alzar el grito os domina?
Vaya usté adentro, Joaquina.
Joa. Bien.
Gen. Tú, quédate, Ramon.

ESCENA IV.

El General *y* Ramon.

Gen. Qué agitacion! No hallo medio
de disipar mi corage;
yo he recibido un ultrage
que he vengar sin remedio.
De mis hijos el honor
hoy se encuentra mancillado,
y de vengar me he encargado
á las prendas de mi amor.
Qué cambio tan repentino
que nadie pudo esperar!
Cuánto mal viene á causar
la audacia de un libertino!
Ayer la tranquilidad
en esta casa moraba,
y todo, en fin, respiraba
contento y felicidad.
Hoy los pesares sin cuento
mi gozo en dolor trocaron,
y por mi mal se ausentaron
los instantes de contento.
Con cuanta impaciencia espero
este castigo que ansio!
Su honor... es el honor mio,
y el honor es lo primero.
No puedo tenerme apenas;
mi sufrimiento se agota...
¡He de verter gota á gota
la sangre vil de sus venas!

Tiemblo solo al recordar
su perfidia; hombre ingrato!
RAM. ¡A qué darse tan mal rato?
Todo se puede arreglar.
Qué diablo, resignacion!
Y no sufrais, sobre todo,
que ya encontraremos modo...
GEN. Responde al punto, Ramon.
Tú me digiste hace poco
que Enrique era el instrumento
de todo; cuál es su intento?
Responde!
RAM. (Se ha vuelto loco!)
Por Dios, señor, reparad...
GEN. No me hagas mas padecer;
lo que yo quiero es saber
de tus labios la verdad.
No tardes en revelarla!
Insistes aun en callarte?
Seré capaz de matarte
si te obstinas en negarla!
RAM. Puesto que es fuerza el hablar...
Sabed, señor, de una vez,
que ese villano y socz
pretende á Elvira robar.
Todo el diálogo escuché
oculto en esas cortinas...
GEN. Pero dime, tú no atinas
de tal obrar el por qué?...
RAM. Segun se esplicó, la amaba
GEN. Pero ella!...
RAM. Ella.... lo despreció.
GEN. Pero á esto, qué contestó?
RAM. Señor él?...
GEN. Si, él, acaba!
RAM. Perdida toda esperanza
á ese balcon se asomó,
y muy gozoso esclamó:
conseguiré mi venganza.
GEN. Cesa, no prosigas mas!
Que cada frase vertida
abre en mi pecho una herida
que no se cierra jamás!
Que es el dolor muy profundo,
que es cruel mi situacion,
y siendo asi, di, Ramon,
que me queda en este mundo!
RAM. Este viejo y este brazo.
De qué me sirve vivir
si os veo tanto sufrir?
GEN. Ven aqui, dame un abrazo,
pecho noble y generoso;
de virtud claro modelo;
que Dios premie tu desvelo!
RAM. Que él os devuelva el reposo.
GEN. Retírate.
RAM. Y vos?
GEN. Me quedo.
RAM. Es tan grande mi cariño! (*enternecido.*)
GEN. (Llora cual si fuese un niño!)
RAM. Señor, aqui viene Alfredo.
GEN. Si sabrá...

ESCENA V.

GENERAL *y* ALFREDO.

ALF. Padre querido,
gracias á Dios que te encuentro.
GEN. Estás fuera de tu centro;
vamos, dime, que ha ocurrido?
Callas! Responde, lo quiero;
no solo quiero, lo exijo;
en tanto ten calma, hijo,
lo primero es lo primero!
ALF. Nadie cual tu puede oirlo
y á confiártelo voy.
GEN. Ya ves que escuchando estoy;
no haya reparo en decirlo.
ALF. Tal vez será exagerada
la duda que el alma siente,
y que por do quier mi mente
mira siempre retratada;
pero esta pena maldita
tal me agobia y entristece,
que mi corazon padece
y en hondo pesar se agita.
GEN. No te detengas, mi amparo
tendrás siempre y mi consejo,
que en tanto aliente este viejo
hablar puedes sin reparo.
ALF. Si la ilusion mas querida
que en el mundo hayas tenido
ves que se ha desvanecido
llevando tras su vida.
Si de esperanzas vacias
halláras tus ilusiones,
y vieras que con razones
te engañaban; tú, qué harias?
GEN. No cometer desatinos
y evitar toda pendencia;
mucha dósis de prudencia
y huir de los libertinos.
Ser al par valiente y cuerdo
y hacerse de respetar,
si alguien te llega á faltar
déjale de ello un recuerdo.
ALF. Si en el valor consistiera,
hasta morir lucharia,
y con gusto perderia
mil vidas si mil tuviera.
Pero es en vano mi afan;
de mi mal indicio no hallo,
y entre mil dudas batallo
que atormentándome estan. (*pausa corta.*)
Cuando de casa sali
Elvira contenta estaba,
mas sin consuelo lloraba
cuando de vuelta la vi.
Apenas me presenté
y sus lágrimas barrunto,
es natural, la pregunto
de qué nacen?
GEN. Bien y qué?
ALF. Se disculpó pretestando
que era solo una ilusion;
eso indica, en conclusion,
que Elvira me esta engañando.
GEN. Poco á poco. Tal vez ella
tenga algun presentimiento
que la priva del contento;
tal vez alguna querella
que contigo haya tenido,
es bastante; yo no estraño...
En fin ó mucho me engaño
ó algo contigo ha ocurrido.
ALF. Una armonia sin tasa
entre los dos ha mediado.
GEN. Pues déjalo á mi cuidado.
(La fiebre mi pecho abrasa!)

Déjame á mi averiguar
de qué procede su pena,
porque la muchacha es buena
y á mi toca apaciguar
su dolor; nada la digas
hasta consultar conmigo,
que soy el mejor amigo
que encontrarás mientras vivas.

ALF. Padre amado, en ti confio.

GEN. ¡Yo procuraré inquirir...

ALF. Cese mi amargo sufrir!

GEN. Descansa en ello, hijo mio. (*vase Alfredo.*)

ESCENA VI.

EL GENERAL, *con ira reconcentrada.*

¡Enrique vil, sin honor,
verdugo de la horfandad!
De mi Alfredo la amistad
asi le pagas, traidor!...
Cuando su mayor placer
era tenerte á su lado,
de un modo tan deprabado
aumentas su padecer?
Pero no te gozarás
en tu triunfo, hombre perjuro,
porque antes yo te asegnro
que el crimen espiarás.
Si porque viejo me ves
de mi te piensas burlar,
te has llegado á equivocar
te buscaré donde estés.
¡Y hay de ti si en mi camino
te cruzas, porque te advierto
que en el sitio quedo muerto
ó se cumple tu destino! (*se retira.*)

ESCENA VII.

ELVIRA y JOAQUINA *saliendo de la habitacion de la primera.*

JOA. Vamos, Elvira, no hay modo
de que comprendais...

ELV. Comprendo
que padezco sin cesar,
que de todo tengo miedo.
Siento verme rodeada
de los amantes estremos
del General y su hijo.
¡Oh qué idea! Pobre Alfredo!
El tan honrado y amable,
de corazon tan sincero,
que no hay palabras bastantes
para encarecer su celo.
El General por su parte
tiene un caracter tan bueno
para mi, que si supiera
los planes de ese perverso,
le mataria; ah! vacilo,
y en tal confusion encuentro
mi mente, que aunque lucho
entre débiles recuerdos,
y mi paciencia se agota
en momentos tan supremos,
no sé lo que debo hacer
para tornar á mi centro.

JOA. Mas de qué nace, señora,
tan triste presentimiento?

ELV. Cómo quieres, di, Joaquina
que tenga calma mi pecho,
cuando abrigo mortal duda
de que vuelva?

JOA. No lo creo.

ELV. No dudes que don Enrique
es pretencioso, altanero,
de costumbres corrompidas
y de instintos muy perversos.
Que á juzgar por su lenguage
abriga siempre derecho
para que toda muger
le muestre agradecimiento.
Si vengativo volviera,
alguna desgracia temo
que con luto cubriria
de esta mansion el recuerdo.

JOA. Olvidaos de ese hombre,
y ocultad vuestro secreto;
que nadie sepa en el mundo
que os habló...

ELV. Joaquina, creo
que no merece un malvado
que se nombra caballero,
que nadie pase mal rato
en recordar sus defectos.
¿Qué muger puede mirar
con amor, á quien pequeño
por sus vicios, se degrada,
llegando su atrevimiento
hasta el punto de querer
conquistarla por dinero?
Qué juicio de mi ha formado?
Tan mala nota merezco,
que en su osadia ese hombre
me mide por tal rasero!

JOA. No creais nunca, señora,
que merezcais tal concepto,

ELV. Pues estonces, que desea
que me sigue con empeño
y no puedo verme libre
de su presencia un momento?
¡Qué agitacion! Mi cabeza
se trastorna...

JOA. Algun mareo;
abriremos el balcon,
para que penetre el fresco.
(*abre el balcon y mira al cielo.*)
Parece que va á llover;
qué encapotado está el cielo!

ELV. Ah! demos ya espansion
á tan oprimido pecho,
que lagrimas que se vierten
auguran fatal recuerdo.

JOA. Señora, no os aflijais,
alejad todo recelo.

ELV. Déjame sola, Joaquina.

JOA. Está bien. (Qué contratiempo!)

ESCENA VIII.

ELVIRA; *á poco* RAMON.

ELV. Ya estoy sola. Asi podré
dar libre rienda á mi llanto.
Dios mio, padezco tanto!..
Pero no me abatiré!
(*sale Ramon y se detiene á la puerta del fondo.*)
Mi frente alzaré orgullosa
do quier la pureza brille;
no logrará que me humille!...

RAM. (Pues no faltaba otra cosa!)
ELV. Y si luchar es mi suerte,
resistiré hasta morir,
pues antes que sucumbir
prefiero darme la muerte.
RAM. (Vamos, no tengo valor
para verla desgraciada;
ó no sirvo para nada
ó he de aplacar su dolor.) (*se adelanta.*)
Señora...
ELV. Tú no sabias...
RAM. Lo que si sé, voto á tal,
que haceis en llorar muy mal;
hoy hago una de las mias.
Ya tengo elegido el medio
y aguardar mas es en vano;
la venganza está en mi mano
y hoy lo mato, sin remedio!
Quiere guerra, la tendrá;
pero guerra interminable!...
ELV. Cese tu cólera ya;
depon, Ramon, los enojos,
olvida errores pasados;
¿no ves que estan ya cansados;
de tanto llorar mis ojos?
RAM. Pasados decis, señora!
Ira de Dios, pierdo el tino!
Hoy cometo un desatino!
No ha de vivir una hora!...
Nada, nada, guerra á muerte
al vil que tan mal obró,
ya que el sosiego os robó
que sufra la misma suerte!
Vuestro padre en su agonia
casi ya falto de aliento,
me dijo: «Sé su contento,
no olvides que es hija mia!»
Y á lo que me comprometo
doy satisfaccion cumplida;
¡primero pierdo la vida
que ofenda vuestro respeto!
ELV. Tal vez se habrá arrepentido
de su obrar tan deligero;
yo, al menos, asi lo espero...
RAM. Muy mal lo habeis conocido!
Es un corazon de hiena;
lo conozco tanto y tanto...
se rie, si os vé con llanto,
padece, si os vé serena!
y en fin, para concluir (*el General al paño.*)
quereis saber lo que intenta?
Pero no...
ELV. Tal vez mi afrenta!
Habla, no me hagas sufrir!
RAM. A qué aumentar el dolor
cuando tanto habeis sufrido?
Nunca, nunca!
ELV. Te lo pido...
te lo suplico...
(*el General se interpone y dice á Ramon.*)
GEN. (Hablador!)

ESCENA IX.

ELVIRA *y el* GENERAL.

ELV. (El General!)
GEN. Tú, Ramon,
retirate; y sin que avise
no salgas, cuando precise
llamaré... (*vase Ramon.*)
ELV. (Qué situacion!)
GEN. Elvira?
ELV. Padre adorado!
Cómo os hallais?
GEN. Yo muy mal,
siempre este dolor fatal
que me tiene acobardado. (*señalando al estómago.*)
No hay, Elvira, ya el ardor
de aquella edad juvenil;
en uno tras otro abril
se disminuye el vigor.
Cuento cincuenta y tres años
de existencia turbulenta,
que al hombre se le presenta
con amargos desengaños.
En que muere la ilusion
con toda su brillantez,
y en que vuelve rara vez
la alegria al corazon.
ELV. No sé porque dices eso,
pues he notado hasta ahora,
que en tu corazon no mora
ningun pesar...
GEN. Lo confieso:
pero padezco, hija mia,
al verte triste y llorosa;
tú tan buena, tan hermosa,
renazca ya la alegria
en tu pecho; ven, hija, aqui,
desaparezca tu pena. (*un trueno.*)
Que tempestad se encadena;
tienes miedo, Elvira, di?
ELV. Un poco.
GEN. No haya recelo,
ese temor es injusto;
para el bueno, para el justo
siempre hay un Dios en el cielo!
Quien respete su poder
puede esperar la clemencia,
pues asi la Omnipotencia
nos lo ha dado á conocer. (*otro trueno.*)
No temas, hija querida;
tema solo el criminal,
que en el sendero del mal
se lanza ciego, y olvida
que en ese mismo camino
que su crimen le ha trazado,
hay un Dios justo, que airado
decida de su destino!
ELV. Me voy á mi habitacion;
alli postrada de hinojos
aplacaré sus enojos
con fervorosa oracion! (*vase.*)
GEN. Yo en esta estancia me quedo.

ESCENA X.

EL GENERAL; *á poco* RAMON *dirigiéndose al balcon.*

El huracan acrecienta
y no cesa la tormenta,
¡diria que tengo miedo!
Quien te ha mandado llamar? (*Ramon al foro.*)
RAM. Nadie... mas reflexionando...
GEN. Vete de aqui... yo lo mando.
RAM. ¡Antes me dejo matar!
GEN. Miserable!
RAM. Haced de mi

lo que oportuno juzgueis,
pero no me obligareis
á que me vaya de aqui.
Veros yo, señor, espuesto,
y que junto á vos no esté...
Esta dicho, no me iré;
yo no abandono mi puesto.

GEN. Es tan solo una ilusion
de tu acalorada mente.

RAM. Señor, tengo muy presente
lo que dijo.

GEN. No hay razon...
Retírate á la antesala
y vigila con cuidado. (*oyese ruido en el balcon.*
Mas qué rumor se ha escuchado?
En el balcon una escala!

RAM. Ira de Dios!

GEN. Vete ya,
ó en tí mi cólera estalla!

RAM. Pero...

GEN. ¡Calla!

RAM. Señor...

GEN. ¡Calla!!!

(El General despues de hacer salir á Ramon, cierra la puerta del foro, saca una pistola y la amartilla, despues deja el quinqué casi sin luz y se retira á un estremo de la habitacion. Durante esta escena, la tempestad va tomando incremento grande hasta la conclusion. Enrique se presenta en el balcon segun van marcando los versos.)

ENR. No la quites.
(*figurando hablar con uno que está en la calle.*)

GEN. Aquí está.
(*con amarga sonrisa un poco nerviosa.*)

ESCENA XII.

EL GENERAL Y ENRIQUE; *Enrique ya dentro de la habitacion, se dirige al cuarto de Elvira muy despacio, con marcada satisfaccion, pero algo inquieto por el temor; pero el General lo coge del brazo y le impone silencio apuntándole con la pistola; la tormenta está en toda su fuerza, dá luz al quinqué.*

GEN. Miserable, me conoces?

ENR. Socorro!... Soc...

GEN. (*con mucha entereza.*) Sella el labio;
quiero vengar un agravio
de tus instintos feroces;
no te valdrán los amaños;
te encuentras en mi presencia,
y no hay para ti clemencia;
cesaron ya los engaños.
(*con mas fuerza y convulso de ira.*)
Tu has robado mi esperanza,
tú eres de mi honor ladron,
y á gritos mi corazon
está pidiendo venganza.
Tu sangre tengo verter
gota á gota, y por mi mano; (*con desprecio.*)
ese corazon villano
arrancado lo he de ver.

(El General se dirige al escudo de armas, Enrique aprovecha esta coyuntura y huye, pero al llegar al dintel del balcon se sucede un relámpago acompañado de una fuerte detonacion; Enrique, por la sensacion causada por la descarga eléctrica, lleva las manos á los ojos. El General se queda inmovil. Pausa. En la puerta del foro se oyen desde el principio golpes y algunas voces, repuesto de la sensacion, que no será muy larga, el General conduce á Enrique al proscenio.

ALF. Tiremos pronto la puerta. (*dentro.*)

GEN. Huyes, cobarde?

ENR. (*se sucede el relampago.*) ¡Ay!!!

RAM. Señor?

GEN. Qué esto? Ciego! Qué horror!

ENR. Ciego, Dios mio!
(*lo dice con acento desconsolador y se deja caer de rodillas y permanece hasta la conclusion del acto.*)

ALF. Está abierta.

ESCENA XIII.

TODOS.

ALF. ¡Enrique! (*dirigiéndose á él con ademan colérico.*)

GEN. (*deteniéndole.*) Ya estás vengado
de su inicuo proceder,
pues ese supremo Ser
su crimen ha castigado.

ALF. Pero cómo?

GEN. (*conmovido.*) Me contrista
el recordar como ha sido!
Hijos, si, Dios ha querido...

ELV. Qué? (*atónita.*)

GEN. Privarle de la vista.
Un relámpago le hirió
hallándose en esta sala,
pues á merced de una escala
por ese balcon subió.
De Dios el santo consuelo
nos conserva fiel testigo;
¡para los malos, castigo!
¡Para los buenos, un cielo!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 2 de noviembre de 1859.=El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

MADRID, 1859.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Plazuela de la Cebada, núm. 66.